

# Rafael María Carrasquilla

Escribe: RAFAEL BERNAL MEDINA

Rafael María Carrasquilla es la figura colombiana que, transcurrida la independencia, se destaca como uno de los educadores más preeminentes por su obra real, vale decir espléndida, en beneficio de la juventud, y por sus atributos personales y su dignidad sacerdotal.

Nace en Bogotá el 18 de diciembre de 1857 y muere en esta misma ciudad el 18 de marzo de 1930. Sus padres, Ricardo Carrasquilla y Emilia Ortega son ambos descendientes de próceres, condición que influye hermosamente en su carácter porque crece bajo un ambiente de amor a la patria y de cristianas virtudes hogareñas. De su progenitor, literario y profesor, hereda además la vocación por las letras castellanas y por la enseñanza.

Ingresa muy joven al Seminario Conciliar de Bogotá, donde cursa las ciencias eclesiásticas, recibe las órdenes sagradas y desempeña inmediatamente los cargos, de muy celosas exigencias, de prefecto general y vicerector. Pasa luego por voluntad propia, a ser cura párroco de "Egipto", uno de los barrios céntricos de Bogotá, a fin de acendrar su misión apostólica. Ya por entonces su nombre es conocido y respetado en las esferas eclesiásticas, gubernamentales e intelectuales y es llamado a ocupar una silla de número en la Academia Colombiana de la Lengua y el Ministerio de Instrucción Pública. En 1890 asciende a rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, sitial de honor desde el cual irradia su obra educativa y su labor de letrado, con tanta excelsitud en una y otra, que por consenso laudatorio se le apellida "maestro". La muceta de canónigo la recibe en 1899. El Papa Pío X le confiere el grado de Doctor en Sagrada Teología en 1913 y dos años más tarde, Benedicto XV lo designa como Prelado de la Casa Pontificia.

Ser rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario es una prerrogativa que conlleva gran responsabilidad porque la ilustre tradición de este claustro exige a quien rija sus destinos el hacer cumplir para la historia los fines ideales que su fundador, el arzobispo fray Cristóbal de Torres, formuló en las "Constituciones" o documento de su creación, en 1653. Dice el título II de este mandato, que hoy se halla esculpido en mármol a la entrada principal del edificio:

“Propondremos la definición de este Colegio Mayor que viene a ser congregación de personas mayores escogidas para sacar en ellas varones insignes ilustradores de la república con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres conforme al estudio de su profesión”.

Y estos “varones insignes ilustradores de la república” han salido de dichas aulas en promociones sucesivas, con brillo singular, y su número se acrecentó durante el período de monseñor Carrasquilla, quien es considerado con razón como segundo fundador del Colegio porque ejecutó en él obras de progreso e irradió para toda la juventud colombiana un benéfico influjo de amor al estudio y al aprovechamiento práctico de sus riquezas naturales, así como de atracción de los selectos a las altas tareas intelectuales. He aquí una de sus tesis:

“...Hemos reclamado que la instrucción pública, sin perjuicio de la perfección moral, se adapte mejor que hasta ahora, para la generalidad de los discípulos, a nuestras necesidades materiales, dejando las puras disciplinas del espíritu a la aristocracia, no de la sangre, que felizmente no existe entre nosotros, sino del talento y la voluntad”. (“Revista del Rosario”. II, 155, año de 1930).

Fiel a este principio de aprovechar “la aristocracia del talento y la voluntad”, funda la facultad de “Filosofía y letras”, hoy extinguida, en la cual se forman verdaderos educadores que ocupan más tarde cargos de profesores y rectores en diversos planteles importantes, donde prolongan su obra. Quiere que por medio de ellos, de los egresados de esta facultad, se extiendan la instrucción y la educación, pero insiste en aquel pragmatismo de utilidad común:

“Un país compuesto de abogados, literatos y médicos es una tierra muy infeliz. ¡Ojalá todos los colombianos, hasta el último labriego, sepan leer, escribir y contar! Pero es preciso que al lado de los sabios haya comerciantes, agricultores, mineros, artistas e industriales, doctos en sus profesiones respectivas”. (“Revolución en la Instrucción Pública Superior”, Carrasquilla, *Obras completas*, T. V, p. 36).

Este pensamiento concuerda con aquel otro salido de su pluma que fortalece la necesaria variedad de los grupos humanos, integrantes de la nación:

“Todo hombre, sin excepción alguna, debe recibir educación, porque todos están dotados de facultades que deben perfeccionarse. Pero no a todos conviene un mismo grado ni una misma especie de adelanto. Unos hombres poseen ciertas disposiciones de que carecen los demás; estos no tienen que satisfacer necesidades de que aquellos no pueden prescindir. La distinción de clases sociales, la diferencia de fortunas, la diversidad de profesiones y estados, constituyen la armonía y perfección de la sociedad...”. (Ibidem, p. 51).

Este afán de Carrasquilla por formar hombres sabios que sepan transmitir el conocimiento, que estén iniciados en la pedagogía, que sean profesores de verdad, le nace de la profunda convicción de que no bastan los libros para aprender sino que es necesario utilizar la palabra viva del maestro, su calor humano, para lograr el más eficaz traspaso de la cultura. Con fuerza objetiva expresa:

“Entre la palabra oral y la escrita media la misma diferencia que entre la fotografía y el hombre que ella copia, entre Sesostris cuando gobernaba el Egipto y la momia de Sesostris en el escaparate de un museo”. (Ibidem, p. 69).

Y tal convicción de que es la palabra de los hombres sabios la que verdaderamente educa, lleva a Carrasquilla a proponer lo que él llama el “comercio intelectual” o importación de profesores extranjeros, provenientes de naciones más civilizadas. Razona así:

“No solo hay comercio de frutos, sino también de hombres, y tal comercio tiene por objeto la vida intelectual... Roma cuando ya era señora del orbe, cuando la tierra enmudecía en su presencia, llamó a los griegos, vencidos por ella a que le educaran a los ciudadanos...”. (“Comercio intelectual”, Carrasquilla *Obras completas*, T. V. 82).

Este procedimiento está hoy encauzado en Colombia por el “Instituto Colombiano de Estudios en el Exterior”, ICETEX, que financia las especializaciones que no pueden hacerse en el país, y comprueba la amplia visión realista del levita que pide para sus compatriotas la preparación que solo pueden proporcionar los verdaderos profesionales de la educación, o sea, quienes poseen ciencia y didáctica.

Pero Carrasquilla no solo ejerce la función de educador al crear la Facultad de Filosofía y Letras como formadora de la carrera docente, sino al regentar él mismo lúcidamente la cátedra de Filosofía, al aprestigiar en forma brillantísima la oratoria sagrada y al difundir su propia sabiduría en libros parenéticos.

Es un filósofo escolástico. Estudia esta doctrina con pasión hasta poseer de ella la claridad del sistema con la necesaria libertad de pensamiento. Estas condiciones de claridad y libertad las alcanza al seguir a Santo Tomás de Aquino. Al comentar el libro *Lecciones de filosofía* de Vallet, fija con su habitual nitidez de estilo, qué es la filosofía escolástica y cuál es su posición ante la ciencia:

“...Escolástica es la filosofía estudiada en sus relaciones con la teología por el método de Aristóteles... según el espíritu y la mente de Santo Tomás de Aquino”. Y agrega: “El espíritu, dijimos, porque no es voluntad de la Iglesia paralizar la marcha del entendimiento, al aconsejar las enseñanzas tomísticas: el angélico doctor mismo recomienda con la doctrina y el ejemplo la prudente libertad en las investigaciones científicas; y a ninguno mejor que a los tomistas verdaderos corresponde el dictado de *ciudadanos libres de la república de las letras*. (Carrasquilla, *Obras completas*, T. V., p. 258).

Seguidor de la doctrina tomista, busca Carrasquilla en todas sus obras el término medio, donde se halla la verdad. Esta es su luminosa meta. La proclama y es fiel a ella a través de su vida. Como educador no da palos de ciego sino que asienta su tarea en las bases de esta filosofía. Afirma:

“No educa lo mismo el que piensa, con Santo Tomás, que la regla de la moralidad está en la conveniencia de los actos humanos con la recta razón, que por ser recta, es reflejo de las ideas de la inteligencia divina; y el que opina con Bentham que el bien moral es placer o lo que causa placer”. (Carrasquilla, “Sobre educación moderna”, *Obras completas*, T. V., 212).

De aquí, de estos principios y de su fidelidad a ellos emana su influencia en la educación del país y en su progreso social, pues formó generaciones cuyos exponentes han ilustrado los campos del derecho y de la pedagogía.

En Colombia como orador sagrado, no tiene pariguales sino en su coetáneo Carlos Cortés Lee y en su sucesor en la regencia del Rosario, José Vicente Castro Silva. Hablan ellos mirando a las alturas para que sus fieles puedan seguir el valle de la vida cotidiana, iluminados por la esperanza ultraterrena.

Es estilista sin caídas a lo largo de su obra de literato, copilada hoy en seis volúmenes, donde campean con el mismo garbo y profundidad los sermones y panegíricos; las oraciones de estudio, las gratulatorias y las fúnebres; los discursos académicos; los ensayos filosóficos y doctrinarios; sus lecciones de metafísica y ética; sus escritos biográficos e históricos; sus estudios didácticos; su crítica literaria y sus epístolas.

De tantas y tan magistrales páginas escritas por monseñor Carrasquilla, la “Oración” sobre Antonio Nariño se destaca como bruñida cumbre de elocuencia. La lengua castellana, donosa, opulenta en léxico, dueña de conjugación completa, lo cual hace posible expresar todo pensamiento, afecto o acción, fluye aquí con mágica limpidez y va transparentando el perfil interior de nuestro precursor, en cuyo cerebro, según el decir del panegirista, “cupó la libertad de un mundo”.

Siempre tiene presente al hombre, objeto de la educación, y siempre halla tanto honor en ser educador como en ser sacerdote. Escribe:

“Y aquí no se trata, como en la filosofía, de estudiarlo (al hombre) tan solo, sino de formarlo, de educarlo, de engrandecerlo. Por eso el magisterio confiere a quien dignamente lo ejerce, la regia paternidad del espíritu, tan superior a la del cuerpo cuanto trascienda a los animales sin razón las puras inteligencias que rodean el trono de Dios en las Alturas”. (Carrasquilla, “Lecturas sobre el arte de educar”, *Obras completas*, T. V., 98).

Al morir, ante su féretro, Carlos Lozano y Lozano, Designado que ejerció la presidencia, exalta su memoria con este florón de su tumba y de su nombre:

“Era un maestro que enseñaba por la mera virtud de su presencia. Cada uno de sus actos era una lección silenciosa. Acercarse a él era someterse a su ejemplo. Someterse a su ejemplo era luchar sin tregua por depurar el propio barro mortal, en una definida aspiración hacia lo más noble y lo mejor. Carrasquilla educaba juventudes. No creyó nunca que fuera suficiente instruirlas. Sus enseñanzas científicas y filosóficas podrán ser combatidas. Nadie podrá decir jamás que un rosarista haya traicionado la patria”. (Carlos Lozano y Lozano. “Revista del Rosario”, T. XXV de 1930).

Esta purificadora huella que deja en sus discípulos comprueba con signo dorado la trascendencia de su influjo de educador, y sus lecciones de moral, de belleza y de filosofía siguen ilustrando a quienes leen sus escritos siempre vivos.

\* \* \*

*El “Boletín Cultural y Bibliográfico” exorna sus páginas con la reproducción del famoso escrito de Rafael María Carrasquilla en elogio de Nariño, tal como aparece en sus Obras completas, recopiladas por monseñor José Eusebio Ricaurte y publicadas por la Academia Colombiana, t. II, págs. 185 y ss., edición de 1957.*

## ORACION AL INAUGURAR EL SEPULCRO DEL GENERAL ANTONIO NARIÑO

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE BOGOTA EL 19 DE JULIO DE 1913

*Aedificavit Simon super sepulchrum patris sui... aedificium altum visu, lapide polito.*

Levantó Simón sobre la sepultura de su padre un monumento de piedras labradas, que se descubría desde lejos.

I, MACAB., XIII, 27.

¡Qué misterio tan profundo es la sepultura de un grande hombre! Debajo de aquel mármol no hay sino huesos áridos, ennegrecidos por el tiempo. Y, sin embargo, dentro de ese cráneo vacío hirvió un cerebro en que cupo la libertad de un mundo; allí esplendió el fulgor del genio, que no discurre sino ve, que se adelanta al tiempo, que siempre tiene razón en lo futuro. En las desiertas concavidades de ese pecho latió un corazón grande como la libre América, sereno como las cumbres nevadas del Chimborazo y el Tolima, ardoroso como los volcanes andinos, fecundo como el sol

de los trópicos. Ese brazo rígido e inerte blandió la espada vencedora; aquellos huesecillos movieron la pluma, digna de Tácito por grave, de Juvenal por cáustica, de César por sobria, de Cicerón por elocuente. Desde esas órbitas oscuras fulguró la mirada que subyugó las revueltas multitudes; de aquellas cenizas brotaba la palabra,

*terrible como el rayo y luminosa,*

que llevó al sacrificio millares de hombres, que trocó a los vasallos en ciudadanos, a los tranquilos colonos en heroicos luchadores.

En aquel sepulcro teneis los restos mortales de Nariño. Alabo a Dios, que haciéndome sacerdote y patriota, me deja entrever el misterio de esa tumba. ¡Cómo resplandece ante los ojos de mi alma la doctrina de Cristo! Allí está la materia, que no fue cárcel del espíritu, que no fue el hombre todo, sino elemento sustancial del varón superior que descubrió la nueva patria, como había descubierto Colón el nuevo mundo. ¿Creéis que la inteligencia poderosa, el corazón inmenso, la abnegación más que heroica del Precursor estén bajo aquel marmóreo monumento? ¿O que aquellos dones hayan perecido, cuando nada en la naturaleza se extingue? ¿O que la elocuencia de Nariño es hoy la fragancia de una rosa, su abnegación la fecundidad de un grano, y su grandeza y constancia serán la mole incontrastable de una futura montaña? ¡Cuánto más fácil, más humano pensar, con la revelación divina, que el espíritu que animó ese puñado de polvo vive, piensa, ama, en el seno del Creador!

Pero no basta. Completos no quedan el lumínico entendimiento, la voluntad señora, sin el cerebro, sin el corazón, sin la lengua, sin la mano. Paréceme que, aun sin mi fe de cristiano, me bastaría mi sentir de hombre para creer en la resurrección de la carne.

Por eso la Iglesia tributa respetuosos homenajes a los restos mortales de sus hijos. No honramos la podredumbre de la muerte, sino el cuerpo, compañero del espíritu y más tarde copartícipe suyo de la eternidad bienaventurada.

Cada hombre resucita el mismo que fue en vida. La recompensa se otorga por las obras buenas. ¿Pero la lumbre del genio, dádiva de Dios, se extingue en la vida futura? No lo se, porque la teología nada me dice sobre ello. Mas yo aguardo ver en el cielo a Santo Tomás de Aquino, adornado, no solo con las aureolas sobrenaturales de virgen y de doctor, sino con la natural del genio incomparable. Porque Dios no quita lo que dio, a menos que intervenga humana culpa, y porque la gracia no destruye la naturaleza, sino la perfecciona.

No voy a referir la vida y hazañas del héroe, familiares a este ilustre auditorio; no a reclamar admiración y gratitud a la memoria del padre de la patria, porque ellas viven y palpitan en todo pecho colombiano, sino a pagar una deuda de la sangre, a corresponder a honrosa comisión de la Academia Nacional de Historia, he venido a esta cátedra sagrada. Felizmente, para cumplir mi cometido, bástame dejar que el corazón se desborde.

“Después de Bolívar, Nariño”. Así escribí en la Europa, y repito al acercarse para mí la tarde de la vida. Nariño después: por el resultado, no por el propósito; por la gloria, no por el esfuerzo. ¿Quién es primero, el inventor o el que lleva a cima el descubrimiento portentoso; el que traza el plano y asienta las bases de la fábrica, o el que cierra la cúpula que parece sostener el firmamento? ¿Cuáles más dignos de la gratitud de los sabios, Galvino y Volta o Edison y Marconi? No me importa saberlo, y repito con Ortiz, el poeta favorito de mi adolescencia:

*¡A todo bien tributo de alabanza!*

*¡A toda noble inspiración un canto!*

Hombre sin igual fue Nariño. Nacido y criado en una colonia de la monarquía española, concibió primero que nadie el intento de una patria independiente y republicana; sin completar en aulas estudios literarios, es el primero de nuestros escritores, a par de Caldas y antes que Caro viniera al mundo; como orador político y forense, admite rival, no superior; no tuvo educación militar, y triunfó en cien combates; vio lo que estaba oculto a los ojos del Libertador: lo imposible del régimen unitario para la Gran Colombia; condenó de antemano por la razón lo que ha reprobado la experiencia: la federación en Nueva Granada; fundó la libertad en el orden, e hizo una voluntad sola de hombres de las más encontradas opiniones. Es ley de Dios que lo universal de los conocimientos y aptitudes no se realice sino a costa de lo sólido y profundo. Caído de su prístina realeza por la culpa de Adán, semeja el hombre un monarca destronado, a quien por respeto a su origen, se otorga el señorío de una ciudad, cuando más de una provincia. Nariño lo abarcó todo, y en todo fue sólido y grande. Despertó la conciencia de una raza, mudó los ideales de un pueblo, organizó la primera república que hubo en nuestra patria, fue el fundador del periodismo político, el renovador de la agricultura en estas cumbres andinas.

A las de reformador, de sabio, de hombre de Estado, unió las más singulares y egregias dotes de carácter. En él, la cristiana integridad de las costumbres privadas, el desapego de honras y caudales, iban en consorcio con la gentileza y blandura del porte, la refinada y sencilla cultura del gran señor, del perfecto caballero; y el trato suyo, familiar sin bajeza, y la conversación sabia sin parecerlo, graciosa sin vulgaridad, avasalladora sin violencia, lo hacía amo de las voluntades, rey de los corazones, dominador de cuantos lo rodeaban. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.* Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Nariño jamás se vio dominado por la ira; no supo lo que significaba la palabra sorpresa; ignoró lo que se llama temor, y siempre fue dueño de su voluntad. Amó y odió, en el campo de las ideas, como aman y odian los titanes; tratándose de los hombres, supo siempre querer; aborrecer, jamás. No hubo nunca amigo más grato, adversario más benévolo. Nadie le sirvió sin recibir recompensa; todo el que lo afrentó estaba de antemano seguro del perdón.

Hicieron estas prendas que Nariño fuese amado, casi hasta la idolatría, de los suyos; respetado de sus enemigos, admirado de los extraños. Un soldado peninsular se atrevió a fusilar a Caldas; ninguno fue osado a sacrificar a Nariño; Francia oyó, en la persona de Talliem, al revolucionario granadino; Pitt entabló negociaciones con un proscrito, pobre, sin recomendaciones, sobre la independencia de la América española.

Reciben los hombres superiores mayor participación, que los simples mortales, de los dones de Dios, y parecen participar también de la oscuridad y el misterio que velan a las inteligencias finitas la luz de la verdad indeficiente. La vida del general Nariño es un arcano. Ingenuo por nacimiento, hijodalgo por educación y fortuna, abrazó la causa popular. Defendió y propagó en su mocedad doctrinas heterodoxas, y se hizo amar hasta el delirio por el clero, no solo por los sacerdotes nacionales, sino por los españoles residentes en la colonia. Arrancó este reino a la corona de Castilla, y los peninsulares residentes en Santafé organizaron el *Escuadrón de San Fernando* para defender a Nariño en la guerra con las provincias; preconizó las más amplias libertades, y puso como lema de su partido *orden y autoridad*; Bolívar, que le destruyó el centralismo en 1814, le dio su admiración y su confianza; los que compartían las ideas sobre autonomía de Nueva Granada, lo persiguieron con indecible saña e impidieron que se le tributaran honras fúnebres después de su muerte.

## — II —

Los pájaros canoros trinan en las mañanas de verano, mirando las nubecillas que, como algodón escarmenado, flotan en el azul celeste, pero si los vapores se condensan, y se oscurece el firmamento, y rezonga el trueno, se esconden y recatan temerosos en el nido. Y las aves nocturnas, después de graznar y hacer presas en las tinieblas, se ocultan al rayar la luz del día. Así hay hombres revoltosos en épocas de paz, anonadados al estallar el primer tiro de fusil; predicadores de libertad cuando la libertad impera; mudos o aduladores cuando reinan los déspotas.

Nariño había realizado la independencia en el momento en que España se hallaba en lucha abierta con el vencedor de Europa entera. Los descendientes de Pelayo humillaron a Napoleón, en Bailén y Talavera, y caído el coloso, enviaron sus tropas a la reconquista de América. En la táctica española y en los planes de Dios, Venezuela fue el teatro de la guerra de emancipación; allí surgió Bolívar, el mayor amor de mi alma después de Dios y de su Iglesia, a par de mi patria y de mis padres.

El Libertador pidió auxilios a Nueva Granada, y se dirigió a Nariño, presidente de Cundinamarca, y al congreso federal de Tunja. Hay adversarios que se acuerdan sacrificando los intereses a las ideas, y otros que se unen inmolando los principios a los intereses. Los primeros triunfan siempre; los segundos siempre sucumben. Nariño envió su contingente; Camilo Torres, presidente del congreso, mandó el suyo. El de Cundinamarca iba a las órdenes del capitán don José María Ortega y Nariño. Eran ambos cuerpos de tropas solo quinientos hombres. Pero entre ellos iban

ciento cincuenta jóvenes, colegiales de San Bartolomé y el Rosario, que bastaban y sobraban a la empresa. Todos sucumbieron en la lucha, con excepción de cinco: Ortega, Vélez, Maza, París y Barriga, condecorados con la cruz de libertadores de Venezuela, generales de Colombia la Grande.

Pero el que mueve a los demás y permanece tranquilo, no es un hombre. En 1813 los realistas se habían apoderado del sur de Nueva Granada. Nariño marchó contra los adversarios; las provincias, sacrificando resentimientos e intereses, le prestaron auxilio. Siguió con su ejército, inferior al del enemigo; venció en Palacé, Calibío, el Juanambú —las Termópilas colombianas— y en Tacines, y se dirigió triunfador a la ciudad de Pasto, en el límite meridional de la república.

Allí sucumbió, no a la mayor pericia y valor de los contrarios sino a la traición de algunos de los suyos, a la fortaleza de los granadinos meridionales adictos al rey. El ánimo constante prefiere ser prisionero a fugitivo. Nariño se descubrió a sus triunfadores y fue conducido a la ciudad de Pasto, donde le encarcelaron en una casa de la plaza principal. El pueblo que acababa de vencerlo pedía amotinado la cabeza del prisionero. Apareció en uno de los balcones, abrazó el concurso inmenso con serena mirada, y clamó con voz poderosa, pero tranquila: “¡Aquí me teneis, yo soy Nariño!”, y todos se retiraron en silencio.

### — III —

La corona del genio es el infortunio. Vino el dolor al mundo como consecuencia del pecado, y el Hijo de Dios, al redimir al hombre, en lugar de suprimir el dolor, lo ennobleció; lo convirtió de mal físico en fuente de bien moral; de castigo, en medio de alcanzar felicidad interminable. Esta es fe del cristiano y el sentir de todos los hombres, que no se conformarían con César muerto en el Palatino, con Bolívar, emperador de América, con Colón nadando en honores y riquezas. Dios muerto en una cruz hace más partícipes de sus dolores a los que otorga mayores rayos de su luz infinita.

Pero todos los grandes hombres, según el mundo, han gustado, antes que el cáliz de la amargura, los honores del triunfo. Nariño no se adornó en vida, ni un siglo después de muerto, con los laureles de la victoria. Cuando estaban resonando en Santafé las dianas en celebración de Boyacá, nuestro compatriota no oía más ruido que el de las cadenas que lo tenían aprisionado: en vez del gentío innumerable que vitoreaba al Libertador Bolívar, no tenía más compañero que una araña que había domesticado en la cárcel. Libre de prisiones, tornó a la patria, que lo había elegido miembro del senado; y en vez de entrar a la capital como precursor de la república, bajo arcos triunfales, entre el entusiasmo delirante del pueblo, se vio acusado de malversación de dineros coloniales en beneficio de la independencia; de no haber vencido en Pasto; de haberse ausentado del territorio nacional, para agonizar en la Carraca de Cádiz, sin licencia del congreso.

Pronunció entonces aquella admirable defensa, la nota más alta de la elocuencia profana en nuestra patria. Oído:

Hoy me presento, señores, como reo ante el senado de que he sido nombrado miembro, y acusado por el congreso que yo mismo he instalado. Si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos después de la instalación del congreso, nada tendría de particular esta acusación: lo que tiene de admirable es ver a dos hombres que no habían quizá nacido cuando ya yo padecía por la patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser senador, después de haber mandado en la república, política y militarmente, en los primeros puestos, sin que a nadie le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público sobre unos puntos que daban pábulo a mis enemigos para sus murmuraciones secretas; hoy se pondrá en claro, y deberé a estos mismos enemigos, no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones. ¡Qué satisfactorio es para mí, señores, verme hoy, como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un senado que él había creado, acusado por dos jóvenes, acusado por malversación, después de los servicios que había hecho a la república; y el poderos decir sus mismas palabras al principiar el juicio! Oíd a mis acusadores, decía aquel grande hombre, oídlos, señores, advertid que todo ciudadano tiene derecho a acusarme, y que en no permitirlo, daríais un golpe a esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado.

Leída el acta de acusación, Nariño continuó:

No comenzaré, señores, a satisfacer estos cargos implorando, como se hace comúnmente, vuestra clemencia, y la compasión que naturalmente reclama todo hombre desgraciado. No, señores, me degradaría si, después de haber pasado toda mi vida trabajando para que se viera entre nosotros establecido el imperio de las leyes, viniera ahora al fin de mi carrera a solicitar que se violasen en mi favor. Justicia severa y recta es la que imploro en el momento en que se va a abrir, a los ojos del mundo entero, el primer cuerpo de la nación y el primer juicio que se presenta. Que la hacha de la ley descargue sobre mi cabeza si he faltado alguna vez a los deberes de un hombre de bien, a lo que debo a esta patria querida o a mis conciudadanos. Que la indignación pública venga tras la justicia a confundirme, si en el curso de toda mi vida se encontrase una acción que desdiga de la pureza de mi acreditado patriotismo. Tampoco vendrán en mi socorro documentos que se puedan conseguir con el dinero, el favor y la autoridad; los que os presentaré están escritos entre el cielo y la tierra, a la vista de toda la república, en el corazón de cuantos me han conocido, exceptuando solo un cortísimo número de individuos del congreso que no veían, porque les tenía cuenta no ver.

Nariño fue absuelto por los votos de todos los senadores, menos de dos que no habían oído la defensa.

Colombia, la de la independencia, fue grande, pero Bolívar y Nariño eran mayores que ella, y las naciones en ciertos momentos no toleran en su seno elementos que las superen. El precursor de la independencia, el fundador de la república, desengañado de los hombres, no de los ideales de libertad y patria, tuvo que retirarse a la solitaria Villa de Leiva, en busca de reposo al espíritu atribulado, no vencido.

Después de su muerte, se prohibió que un eminente sacerdote pronunciase desde este mismo púlpito el elogio fúnebre del héroe; y un siglo después sus huesos insepultos no habían encontrado una humilde tumba en qué reposar, y ni una estatua, ni un monumento testificaban la gratitud de la república. Loco habría sido Nariño si los móviles de su vida hubieran sido las glorias y los honores mundanos. Felizmente la razón de sus hechos fue el amor patrio, que es precepto de ley natural, virtud cristiana, merecedora de eterna recompensa.

#### — IV —

El acto más importante de la vida cristiana es la muerte, que es ocaso de la existencia presente y amanecer de la eterna. Saber morir es el esfuerzo supremo de la sabiduría. Arte es esta que no se improvisa, sino que requiere larga y esmerada preparación. Dios nos da, con tal fin, dos maestros sapientísimos, que son el tiempo y el dolor. En la juventud, lo pasado no existe, y lo porvenir se nos presenta a través de un prisma que todo lo tiñe con los colores del arco iris. Prevalece la imaginación sobre la inteligencia, el corazón sobre la voluntad, las pasiones sobre la razón. Cuando llega a la edad viril, el hombre ya sabe las lecciones de la experiencia, adivina que lo futuro será semejante a lo pasado; los matices de la ilusión se han desvanecido, y el entendimiento impera solo en las regiones del espíritu. El dolor madura la voluntad, como el sol los frutos de la tierra, y purifica el alma, como el fuego los metales preciosos.

Nariño, en su mocedad, defendió doctrinas opuestas a las enseñanzas de la fe; pagó tributo a las preocupaciones de su siglo, y esa fue una de las pocas debilidades de su vida. Los años, el estudio, los pesares, lo volvieron a la integridad de la fe de sus mayores, a las prácticas fervorosas y frecuentes de la piedad cristiana. La muerte no lo sorprendió: la estuvo aguardando con su serenidad acostumbrada. La víspera recibió, con humilde devoción, los últimos sacramentos de la Iglesia. El postrero día fue a despedirse de sus parientes y amigos, como él dijo, *para el país de las almas*. Por la tarde, sentose en medio de los suyos, hizo recitar los salmos penitenciales, y pronunció estas palabras supremas:

Amé a mi patria: cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia. No tengo que dejar a mis hijos sino mi recuerdo; a mi patria le dejo mis cenizas.

Mostró en un reloj que en la mano tenía, que habían llegado las cinco. "Es tiempo", dijo; hizo la señal de la cruz y entregó a Dios el espíritu inmortal.

A los hombres mediocres, que brillan un instante, es preciso tributarles pronto los póstumos honores, antes que se borren de la memoria de las gentes. Los varones inmortales pueden aguardar siglos la justicia de la historia y la gratitud del género humano.

Casi cien años después de fallecido el general Nariño la antigua provincia de Pasto, elevada a departamento de la república, tomó el nombre del héroe vencido allí mismo en 1814, y levantó la imagen de bronce del Precursor en la misma plaza donde él había exclamado: “¡Yo soy Nariño!”. Bogotá erigió también estatua al más egregio de sus hijos; la Academia de la Historia ha investigado hasta el último detalle de aquella vida tormentosa, y se ha escrito la biografía por doctas y bien tajadas plumas. Está cumplido el vaticinio: la historia ha dicho qué tanto amó Nariño a su patria. Y la patria ha aceptado el legado de las cenizas y las ha puesto en ese mausoleo, noble y severo como aquel a quien se dedica. Nuestra ciudad, que le arrulló la cuna, le guarde las reliquias con profunda veneración, con legítimo orgullo.

La Iglesia católica, generadora de toda grandeza, madre amantísima, que recibió a Nariño en su regazo a su venida al mundo, lo ennoblecó con el carácter de cristiano, supo apreciarlo en vida, lo apoyó en sus labores por la libertad y la patria, lo consoló en sus infortunios y le abrió las puertas de la dicha perdurable; ella ofreció asilo a las cenizas de su hijo egregio en otro lugar de esta basílica, y luego le señaló puesto de honor en el sagrado recinto, y ha permitido que un ministro del altar glorifique a Nariño desde la cátedra de verdad y de justicia.

¡Compatriotas y hermanos! Cuando paseis delante de ese sepulcro, inclinaos ante los restos del más ilustre de nuestros ciudadanos. Y medita, siquiera breves momentos, en la pequeñez del hombre. El que hoy estamos honrando fue de los mayores de América. Y, sin embargo, nació de una débil mujer, no alcanzó a doce lustros de vida, estuvo saturado de oprobios y pesares, y hoy, como dijo el poeta,

*puede el espacio que en la tierra ocupa  
con tres pasos de un niño ser medido.*

Meditad también en la excelsitud de la patria, que tiene derecho a exigirles a sus hijos tamaños sacrificios. Tenemos otra patria, que es la Iglesia: vio el principio de todas las naciones, y está destinada a ver el fin de todas ellas.

Sobre las luchas y las mudanzas, sobre las grandezas y las ruindades terrenales, está Dios, inmutable, eterno, infinito; Dios, que no muere, y cuya gloria permanece pura para siempre.